

IV

Si hubiese tenido alguna duda sobre su amor hacia Mme. Hulín, el estado de incertidumbre y de fiebre en que le tuvo toda la mañana la operación que iban á hacer á Mauricio, hubiera convencido á Régis de Fagan. La gracia afectuosa y enfermiza del niño, las encantadoras palabras que dicen los pequeños y que hacen pensar que llegan de un mágico planeta en donde el lenguaje es inocente pero la la experiencia precoz; pero no, sin la madre y la angustia de la madre, que se figuraba á cada instante, todo aquello no hubiera bastado para causar al pobre Régis aquellas opresiones de corazón que le ha-

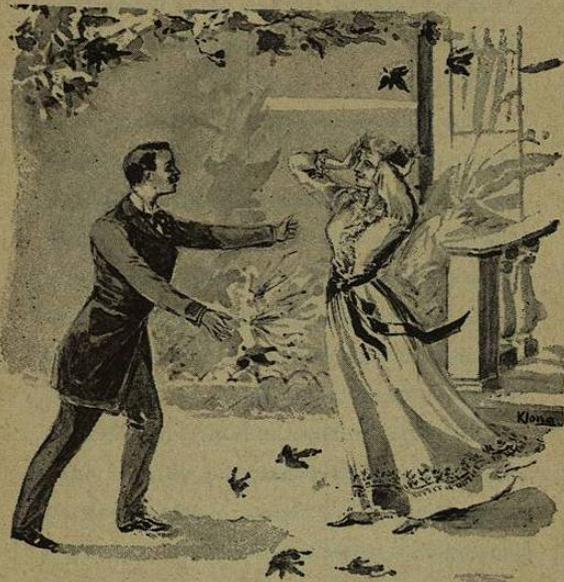
cían estremecer ante la inminencia de un peligro probable. Por Antero sabía que la cosa era grave, muy grave; se trataba de una sutura de los fragmentos de la rótula; y cuando llegó el momento decisivo se paseaba con frecuencia por su cuarto, sin poder trabajar, escuchando con ansiedad todos los ruidos que salían del piso bajo, espiando una queja, un grito, lo mismo que si se hubiese tratado de cualquiera de sus hijas.

Asomado tras los cristales de una ventana distraía su angustia en el redoble nervioso y maquinal de sus dedos crispados; cuando en medio de una borrasca de otoño que arrastraba las nubes y retorció los álamos del jardín, haciéndoles crujir como si fueran mástiles de barco, vió á un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, fornido, de encendido color, y áspero bigote, vestido con una le-

vita muy ceñida á la cintura, que demostraba la misma inquietud que él y que lanzaba miradas tristes hacia la ventana del cuarto del piso bajo en que operaban los cirujanos.

¿Fué á causa de una de aquellas miradas, cuya angustiosa expresión sorprendió Fagan, ó por el aspecto de aquel hombre que tenía la cabeza descubierta á pesar de la tempestad, como si estuviera en su casa?... El caso es que de pronto le ocurrió pensar: ¿Es el padre?... ¿Es el marido? Y no lo dudó ya ni por un momento, cuando vió á Mme. Hulín, que vestida con una larga bata, suelto el cabello, bajó de un salto los cuatro escalones de la entrada y corrió hacia el hombre rebo-sando alegría. Le hablaba muy deprisa sin duda del buen éxito de la operación terminada ya, y mientras hablaba, levantaba los brazos para sujetar con las ma-

nos los finísimos rizos de su pelo que el aire hacía revolotear. Entonces, con un



ardiente impulso, el hombre quiso abrazar el talle esbelto y redondo que aquel movimiento había hecho dibujarse; pero

Paulina lo evitó; exclamó dos ó tres veces con cólera: ¡Nó... nó! y huyó sin volver la cabeza.

¡Oh! sí, seguramente era el marido; y por la manera de coger y de rodear con sus brazos el talle de la mujer, se podía deducir que era un marido joven aún y tan apasionado como el día de la boda. Fagan no hizo ya otra cosa más que pensar en él. Mientras Antero le servía trató de adquirir noticias, pero el criado, como de costumbre, era incapaz de dárselas. ¿Pelo rojo?... ¿bigote áspero?... no, nunca había oído hablar de semejante señor. En cambio, no paraba de contar los menores detalles de la operación, el número de instrumentos y de esponjas, el miedo que habían tenido un momento de que faltara el cloroformo y la sangre fría de madame Hulín que animaba á todo el mundo cuando todos perdían la cabeza. Sin em-

bargo, si el señor quisiera no habría más que preguntar á Anita ó á la cocinera.

—¡Cuidado con que hagas semejante cosa, desgraciado! dijo Fagan asustado de los profundísimos abismos á que podría arrojarle aquel imbécil. Por lo tanto, guardando para sí sus reflexiones y sus tristezas, se fué al Vaudeville donde tenía una pieza en ensayo, y su alegría fué muy grande cuando al tomar un coche en la parada de Passy vió al que llamaba ya «el marido» subir vigorosamente á la imperial de un tranvía. ¡No pasaba la tarde con Mme. Hulín! Sin duda esta fué la causa de que los actores del Vaudeville dijeran aquel día mientras ensayaban: ¡qué buen humor tiene hoy el autor! Mientras Régis, á quien su prosa entretenía como si le fuera desconocida, pensaba desde el proscenio donde estaba: ¡Están representando como ángeles!

En cambio qué desencanto cuando Antero, á la vuelta del teatro, le dijo, satisfecho y orgulloso de haberse informado:

—¡Y á propósito, señor, el hombre por quien preguntaba... el que se paseaba sin sombrero por el jardín...

—Sí; ¿qué?

—Debe ser algún pariente cercano de Mme. Hulín, porque acaba de volver y en este momento está comiendo... y no me extrañaría que se quedase á dormir porque Anita me ha dicho...

—¿Y á mí que me importa que ese hombre coma ó que duerma?

¡Pobre Fagan! tan poco le importaba que no pudo probar bocado de su comida y que en toda lo noche, sin poder trabajar ni aun leer, no hizo más que pensar: ¿Pasará la noche aquí?... Y si se la pasaba, ¿cómo suponer que el marido de aquella espléndida criatura—porque

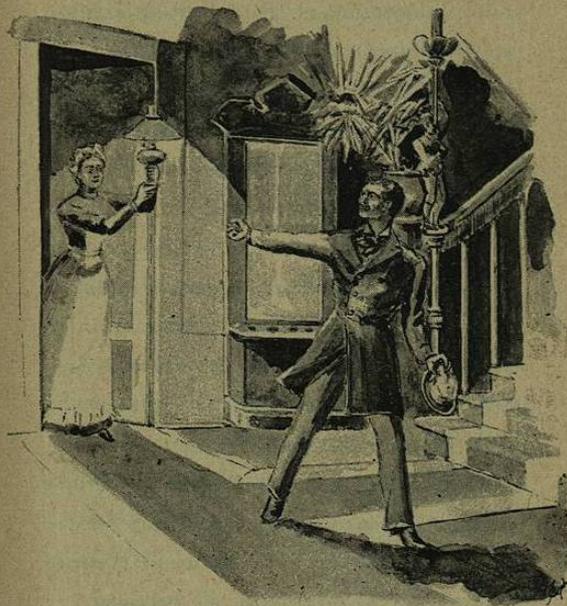
Fagan ya no dudaba de que fuese el marido—pudiera velar tranquilamente á su lado y que ella misma, llena de alegría por la salvación de su hijo, no perdonaría al padre todas sus faltas?

La cólera le hacía palidecer á él, á quien había dejado tan tranquilo el matrimonio de su mujer con La Posterolle. Y era porque ya no quería á su mujer y adoraba á Mme. Hulín: ya no era posible dudarle.

¿Qué debía hacer? ¿Seguir en aquella casa? ¿Continuar sus relaciones de intimidad?... Sufriría demasiado; las palpitaciones precipitadas de su corazón se lo decían. Sería preciso marcharse, abandonar aquel hotelito tan tranquilo, tan cómodo, para trabajar en sus largas veladas y la vecindad dulcemente animada de la madre y del niño!

Así reflexionaba cuando vino á distraer-

le un desacostumbrado movimiento en el piso bajo: pasos precipitados, voces que disputan, luego campanillazos, una lucha, golpes de muebles caídos, imprecaciones lanzadas por un hombre. Fagan, sobresal-



tado, se lanzó á la escalera que ya estaba á oscuras, y casi al mismo tiempo se abrió la puerta del piso de abajo y vió salir á un hombre furioso, á quien alumbraba Anita que sostenía una lámpara con manos temblorosas: en el umbral el hombre se volvió, y amenazando con los puños cerrados, lanzó estrepitosas injurias; después salió corriendo al boulevard, cerrando violentamente la puerta de la calle, que Ana se apresuró á atrancar.

Testigo mudo de esta escena, Fagan permanecía inmóvil en la escalera, sin saber qué hacer, cuando arrastrado por un impulso irresistible bajó los escalones y corrió sin detenerse hasta el salón donde encontró á Mme. Hulín, que medio echada en la orilla de un diván, con la mirada vaga y el peinado deshecho, empezaba á reponerse de las emociones de aquel drama. Sólo iluminaba la estancia el

fuego intermitente de la chimenea.

—Entre usted, entre usted—dijo Paulina tendiéndole las manos heladas y temblorosas.

—Llamaba usted y he venido—murmuró Régis.

—¡Oh, sí, he tenido mucho miedo.

Por no causarla molestia con alguna pregunta indiscreta, se limitó á decir:

—¿Cómo está Mauricio?

—Duerme... duerme el pobrecito... afortunadamente no se ha despertado... ¡Le han dado tanto cloroformol

—¿De modo que le han hecho bien la operación?

—Mejor de lo que se podía esperar.

En este momento volvió Anita inundando el salón con la luz de su lámpara.

—No hay miedo de que vuelva, he echado la cadena y la barra. Y viendo al vecino dijo:—¡Calle, Mr. de Fagan... en-

tonces ya podemos estar más tranquilas!...

Cuando se marchó, Paulina Hulín acercó una butaca al velador, hizo indicación á Fagan de que se sentara al otro lado, y acabando de serenarse, después de arreglar su descompuesto peinado y los púdicos pliegues de su bata de lana adornada de vaporosas puntillas, dijo:

—No puede usted adivinar quién es el hombre... sí, un hombre, que acaba de salir de aquí...

—Supongo que será su marido de usted.

—¿Lo sabía usted?

—Sí; pero la verdad, hubiera preferido que usted me lo hubiera dicho.

—Escúcheme usted.

Y en aquel mismo sitio, oyendo los mismos ladridos de los perros, la misma trepidación de los trenes del ferrocarril de circunvalación, en aquel saloncito querido

en que él le había contado las tristezas de su matrimonio, Fagan escuchó las del de Paulina.

«Casada en el Havre hacía diez años con un contador de marina, á los cuatro años escasos había tenido que separarse de él, ¡y cuánta paciencia había necesitado para vivir aquellos cuatro años al lado de un hombre semejante! No era malo, no por cierto, ni calavera, ni jugador como otros muchos que le rodeaban en aquella frenética existencia de los puertos de mar; pero era celoso, brutal, descompuesto en las crisis que padecía todos los días y que nada podía atenuar ni prevenir, ni aun las precauciones de la mujer más prudente, menos coqueta. Si bailaba en los bailes, riña, pelea, reyerta al volver á casa, ¡y qué escena! Por sus trajes lo mismo, y eso que los había de revisar antes de salir y no consentía más que escotes que cerra-

ran hasta debajo de la barba; mangas que llegaran hasta el codo: por su modo de estar, su manera de valsar, de saludar... Si no bailaba, otra escena. ¡Vaya una fama de D. Bartolo que le quería dar, mientras yo me hacía la víctima quedándome sentada en las banquetas formando tapicería!

¡Pobre mujer! ¡Con cuánta angustia veía acercarse aquellas fiestas oficiales á que su marido la arrastraba!... Y la vigilancia no la ejercía sólo en la sociedad, en las reuniones; durante el día tenía que dar cuenta de las visitas que hacía, por el orden que las había hecho, con detalles, diciendo los nombres de las personas que había encontrado. Esta inspección la perseguía hasta la intimidad de su ser, hasta el recinto sagrado de las ideas y de los sentimientos. «¿En qué estás pensando? Pronto, contesta»... Y hasta en su sueño,

porque tenía que decir al despertar todos los ensueños que había tenido, aun á riesgo de ponerle furioso si no figuraba en ellos, porque ella no hubiera podido mentir.

En los cuatro años que había vivido á su lado, no recordaba haber pasado una sola noche sin llorar, sin gritos, sin injurias y sin violencias en que el desgraciado huía arrastrado por su delirio para volver después y echarse á sus pies, sollozando y pidiendo perdón.

He perdonado durante cuatro años, y quizá por dignidad, por piedad ó por vergüenza y también por nuestro hijo, hubiera seguido teniendo paciencia; pero una noche—al decir esto su voz se hizo sombría, más dura, como si fuera la voz de otra mujer—una noche, el miserable, en una de sus cóleras llegó hasta dudar de que Mauricio fuese su hijo, y arrancándo-

me al niño de entre los brazos lo arrojó contra el suelo tan violentamente... ¡Pobre hijo mío!...

Desde aquel día ya pudo rogar, llorar, amenazar con morirse y con matarme: dejé de ser su mujer, pedí la separación y la conseguí. En seguida salí del Havre con mi hijo y vine á París á vivir con mi madre que hacía algunos años vivía en esta casa. Por darle gusto, siguiendo su consejo, me hice pasar por viuda en el barrio y entre la gente que frecuentamos. Es indudable que la antigua sociedad parisien- se mira con cierta prevención á las mujeres separadas de sus maridos, con tanta más razón cuanto que nada revela, á no ser que se hagan averiguaciones directas, en favor de quien se ha pronunciado la separación. Según la opinión de mi querida madre, esta precaución me sería útil, sobre todo cuando ella faltase de mi lado, y

debo confesar que efectivamente mi pseudo-viudez me ha sido útil en más de una ocasión.

Fagan hizo un movimiento de protesta y volviendo á lo que le preocupaba.

—Pero usted no se ha aprovechado de los beneficios que le ha concedido la ley, puesto que su marido viene á verla.

—Ha venido hoy por primera vez—repuso Mme. Hulín.—Ana le escribe el primer día del año dándole noticias nuestras; pero hasta esta mañana no nos habíamos vuelto á ver, y si lo he llamado casi ha sido menos por causa de la operación que podía haber tenido gravedad, que para hablar de cierta cláusula de nuestra separación. El Consejero Malville...

—¿Malville el wagneriano de mi mujer?

—El mismo... era entonces presidente de la Audiencia del Havre y músico furioso como mi marido, formaba con él parte

de un cuarteto; sin duda por eso al pronunciar la separación en mi favor, porque no pudo sentenciar de otra manera, reservó al padre el derecho de dirigir los estudios del hijo desde los diez años hasta terminar su carrera. Mauricio va á cumplir los diez años y la idea de que voy á perderlo, de que lo van á encerrar lejos de mí en un liceo, me desgarrá el corazón y el pobre pequeño sueña con miedo todas las noches!... Hice llamar á mi marido en la esperanza de que tendría compasión de nuestro pobre mártir y me lo dejaría más tiempo para cuidarlo, y al ver esta mañana su emoción cuando casi se atrevía á besar al niño, que dormía descolorido bajo la influencia del cloroformo, he creído que lo iba á conseguir. Por la tarde ha vuelto, diciendo que quería pasar la noche en el salón velando, por si yo estaba demasiado cansada. Hablaba con tanta dul-

zura..., prometía dejarme á mi hijo todo el tiempo que yo quisiera... su voz no tenía más acentos que los de un padre... y le mandé hacer esa cama aquí. Yo estaba á la cabecera del enfermito con la puerta entornada. De pronto, quiso el miserable... y á no ser por mi resistencia desesperada...

—¡Cobardel—exclamó Fagan, con los labios blancos de coraje. Pero la indignación de Paulina le tranquilizó.

—¡Ah! He sentido renacer todo mi odio y no sé de dónde me ha venido la fuerza para rechazarlo, para echarlo, amenazándole con llamar en mi auxilio á toda la casa. ¡Juro con toda mi alma que ese hombre no se volverá á acercar nunca ni á mi hijo ni á mí!

—A usted no, porque la ley la favorece; ¿pero y el niño?...

—Todavía faltan tres meses para que

cumpla los diez años; si en este tiempo no se ha curado, espero obtener del tribunal una prórroga. Si está bueno ya ó si su padre recurre á la parcialidad de su amigo Malville, cojo á mi hijo y me voy á esconder con él en el fin del mundo.

Un largo silencio, durante el cual sus mismas ideas parecían alejarse, siguió á esta amenaza de fuga y de separación.

De pronto, Fagan, como si estuviera pensando, en voz alta dijo:

—Después de todo, ¿por qué no pedir el divorcio? Habiendo sido la primera sentencia favorable me parece muy fácil...

—¿Y qué ventajas me traería?

Régis se puso muy pálido.

—Desde luego, la de poderse volver á casar y tener un hombre que la amara á usted, y un defensor natural para usted y para Mauricio.

—¡Volverme á casar!... Me basta con la

primera prueba... además, toda mi familia es ferviente católica... mi madre decía que el divorcio era un sacrilegio, y yo misma educada en sus ideas...

Paulina se detuvo vivamente.—Y, á propósito, ¿ha visto usted á su mujer? No me había acordado de preguntárselo.

—La he visto.

—¿Sin emoción?

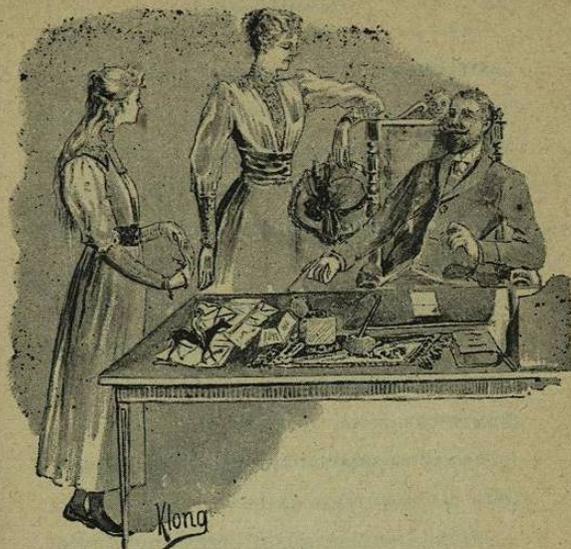
—Ni la más pequeña. Como si hubiera visto por casualidad al volver una esquina á una antigua querida.

—¡En eso ha convertido el divorcio al matrimonio!—murmuró Mme. Hulín, que se puso colorada al saber que Régis no había experimentado ningún placer al encontrar á su mujer.—¿Y ella, está usted seguro de que no se ha impresionado? ¿Sigue firme en sus nuevos proyectos?

—Más que nunca. Pero como ahora estoy seguro de que mis hijas no saldrán

de París, me encanta un matrimonio, que aleja aún más de mí á esa mujer y que hace imposible toda reconciliación... Vea usted cuánto mejor es mi situación que la suya. Suponga usted que estuviera divorciada: quizá Hulín se volviera á casar, quizá se formara una nueva familia, y es más que probable que entonces les dejara á ustedes tranquilos.

—Sí, tiene usted razón,—dijo dulcemente pensativa,—tiene usted razón, pero yo no me divorciaré nunca; me sería imposible.



V

Hacia unos días que los carteles del Vaudeville anunciaban, á la mayor brevedad, el estreno de la obra de Fagan. En todas partes se hablaba de ella: en los teatros, en las tertulias, en los círculos, en